

Uruguay. Colores de un cambio electoral

Fasano-Mertens, Federico

Federico Fasano Mertens: Periodista argentino radicado en Uruguay. Dirige actualmente el matutino La República, en Montevideo. Desempeñó importantes cargos en el sistema de información oficial de México, donde también fue director de Le Monde Diplomatique en español.

El 85% de los ciudadanos uruguayos habilitados para sufragar hizo añicos el 26 de noviembre de 1989 la centenaria hegemonía del sistema político tradicional, implantando por vez primera en la historia uruguaya un sistema multipartidista real, instalando también por primera vez un intendente (alcalde) marxista en la capital del país, al mismo tiempo que con los votos del interior la joven derecha blanca desalojaba de la primera magistratura a la añeja derecha colorada.

Puede afirmarse sin exageración alguna que estas elecciones han sido las más importantes y fermentales en la historia de esta nación de sólo 3 millones de habitantes, pero con un territorio similar a los de Nicaragua, El Salvador y Costa Rica juntos, con posibilidad de albergar a veinte millones de seres humanos, con el más alto índice de urbanización en el continente, con 16 de sus 18 millones de hectáreas aptas para la explotación ganadera y agrícola, con uno de los más altos niveles culturales de América Latina y con el mayor nivel de ateísmo en el mundo occidental.

Las huellas que dejarán en la sociedad uruguaya los resultados del terremoto electoral de noviembre de 1989 sólo son comparables en magnitud, no en permanencia, con las profundas huellas dejadas en esta nación por la pesadilla militar desencadenada en junio de 1973 por las fuerzas armadas, que después de nueve décadas de incontaminación autoritaria afectaron seriamente el paradigma uruguayo de la democracia liberal.

Este sismo político del 89 no puede explicarse sin tomar en cuenta las secuelas del gobierno de facto, que convirtió durante 12 años a un país antaño portador de una mística de respeto a los derechos humanos, consagrada en no menos de 60 artículos constitucionales en la «cámara de torturas de América» como la calificara el alcalde de Nueva York, Edward Koch, con el mayor número relativo de presos políticos en el mundo y con la mitad de su presupuesto nacional destinada a la represión selectiva.

Se impuso la centro derecha

Para el lector latinoamericano, vale consignar que las elecciones uruguayas fueron ganadas por el ala de centro derecha del Partido Nacional (Luis Alberto Lacalle), que sumando los votos de sus sectores de centro (Alberto Zumarán) y centro izquierda (Carlos Julio Pereyra) del mismo partido, en virtud de una antigua y cuestionada ley electoral que permite varias candidaturas presidenciales «acumulables» dentro de una misma colectividad política, desalojó del gobierno, por tercera vez en lo que va del siglo, a su tradicional adversario el Partido Colorado, mastodonte político, símbolo del poder en Uruguay, colectividad que ganó todas las elecciones del siglo XX, con excepción de las de los años 1958, 1962 y la de 1989.

Es también ésta la primera vez que un blanco (integrante del Partido Nacional, en contraposición al Partido Colorado) es ungido presidente de la República. En 1958, cuando los blancos ganaron por primera vez, no existía esa magistratura, sino un gobierno colegiado de nueve miembros de presidencia rotativa.

Debe apuntarse también que ésta no fue una elección reñida. Los blancos derrotaron a los colorados por un 8% de los votos, aproximándose de esta manera a la mayor derrota sufrida por éstos en 1958, cuando el Partido Nacional se impuso por una diferencia de casi el 12% de los sufragios válidos.

La interna nacionalista (blancos) fue zanjada a favor del centro derecha representado por el «herrerismo» conducido por el senador Lacalle, quien obtuvo el 58% de los votos, seguido por el centro izquierda del Movimiento Nacional de Rocha (MNR), orientado por el senador Carlos Julio Pereyra, que registró el 12% de los sufragios nacionalistas, y finalmente por la oferta centrista del senador Alberto Zumarán del Movimiento por la Patria, delfín del último caudillo uruguayo recientemente desaparecido, Wilson Ferreira Aldunate, que solamente alcanzó el 13% del electorado blanco.

El Partido Colorado por su parte, también registró tres candidaturas presidenciales, que acumulaban sus votos entre sí. En la opción colorada no figuraba ninguna oferta de centro izquierda a nivel presidencial.

El centro derecha colorado estaba representado por el senador Jorge Batle, sobrino nieto de José Batlle y Ordóñez fundador del Estado uruguayo moderno e hijo de uno de los más carismáticos políticos populistas del país, el Dr. Luis Batlle Berres. La derecha colorada se hizo presente a través del embajador Jorge Pacheco Areco,

ex-presidente uruguayo en la dura década de los 60, donde combatió con mano férrea a los Tupamaros y al movimiento obrero organizado.

Una tercera opción de último momento intentó capitalizar los votos del alicaído centro colorado y fracasó estrepitosamente. Estaba conducida por el ex-ministro del Trabajo del gobierno del actual presidente colorado Julio María Sanguinetti, el Lic. Hugo Fernández Faingold.

El centro derecha (Jorge Batlle) obtuvo el 49% de los votos colorados, mientras que la derecha (Pacheco) se quedó con la otra mitad del partido, obteniendo el 48% de los votos partidarios, y el centro, representado por el ex-ministro del Trabajo, sólo alcanzó el 3% de los votos de su colectividad.

La izquierda por primera vez en el poder

Por su parte, la izquierda integrada por el Partido Comunista, el Partido Socialista, los Tupamaros, el Partido por la Victoria del Pueblo de origen anarquista, el Partido Socialista de los Trabajadores de origen trotskista, organizaciones de izquierda independiente como la IDI, escisiones del Partido Nacional como el MPF del senador Rodríguez Camusso, la Corriente Popular del diputado Pita, la Unión Popular de Enrique Erro y el MRO del ex-diputado Ariel Collazo, desprendimientos del Partido Colorado de origen michelinista como el Movimiento 26 de Mayo, o de origen batllista, como el Movimiento Pregón de la Dra. Alba Roballo, así como escisiones del Partido Demócrata Cristiano y otras corrientes nuevas sin referentes en el pasado, estrecharon filas en torno al lema Frente Amplio y dieron una sorpresa electoral impensable un año antes.

Los partidos de izquierda venían de sufrir la única y más traumática fractura desde la fundación del Frente Amplio en 1971, hace ya 18 años. La poderosa corriente michelinista (por Zelmar Michelini, numen del Partido Colorado, colectividad que abandonó para co-fundar el Frente Amplio en 1971, y que fuera asesinado en 1976 en Buenos Aires por sicarios de la dictadura uruguaya) conducida ahora por el senador Hugo Batalla, cuestionó a los sectores marxistas del Frente y se alejó de la coalición. Arrastró con ella al Partido Demócrata Cristiano, único partido de ese signo en América Latina que integraba una alianza con partidos marxistas. Las dos fuerzas secesionistas se llevaban teóricamente consigo el 49% de los votos obtenidos por el Frente Amplio en la última elección. Las urnas revelaron resultados distintos: sorprendentemente, el Frente Amplio obtuvo la misma votación que en la elección anterior, creciendo ante la adversidad. La escisión no le quitó ningún voto

a la izquierda, sino al centro de los partidos tradicionales. Y fue precisamente esta succión sorpresiva de votos tradicionales lo que le permitió al Frente obtener por primera vez en la historia del país una Intendencia (Alcaldía), nada menos que la de la capital de la República, que por su incidencia es considerada como el segundo gobierno nacional. El Nuevo Espacio, opción de centro izquierda, como se denomina la escisión frente-amplista integrada por los michelinistas que se fueron del Frente y por el PDC, perdió la quinta parte de los votos que obtuviera en la última elección, cuando integraba el Frente Amplio.

Pero si el Frente Amplio no perdió ningún voto con la escisión y el Nuevo Espacio obtuvo casi la décima parte del electorado total cabe preguntarse de dónde reclutó las simpatías vacantes.

Una rápida mirada al escrutinio permite afirmar que prácticamente todos los sufragios de esta novel fuerza política fueron extraídos del Partido Colorado.

Paradojas

Las cifras son claras. El Partido Nacional y el Frente Amplio recogieron aproximadamente el mismo porcentaje de votos que en los comicios anteriores. El Partido Colorado perdió el 10% de su votación y el flamante Partido «Nuevo Espacio» obtuvo casi el 10% del electorado. Esto parece ser lo que sucedió: la división del Frente Amplio, tan publicitada por el gobierno, provocó indirectamente la caída del Partido Colorado y la toma del poder comunal por parte del Frente Amplio, por primera vez en la historia del país. Bueno es aclarar que la ciencia política no es una ciencia matemática y no caeremos en el reduccionismo de afirmar que sólo los números pueden explicar simplistamente lo que pasó. Es muy probable que el Frente también haya captado masas de nuevas simpatías que ocuparon rápidamente el lugar de los rupturistas, disimulando esas ausencias y provocando un fenómeno que dificulta la tarea de los analistas por descubrir los trasvasamientos que se hayan producido. Esta afirmación, sin embargo, no creemos que impida destacar que la tendencia general de los votos de izquierda fue quedarse en el Frente, a la vez que se reclutaban para el «Nuevo Espacio» votos colorados a granel, que a la postre le dieron la Intendencia (Alcaldía) a la izquierda.

Para completar esta radiografía electoral, debe indicarse que los tres grupos que conformaron el «Nuevo Espacio» votaron en forma muy desigual. El sector michelinista obtuvo el 78% de los votos de esa coalición, la Democracia Cristiana el 18% y la Unión Cívica, grupo católico que no provenía del Frente Amplio, pero que se

alió a último momento con los que se fueron del Frente, sólo obtuvo el 4% de los sufragios del «Nuevo Espacio» y perdió toda representación parlamentaria.

La interna frentista se resolvió de la siguiente manera: el Partido Comunista y sus aliados obtuvieron el 47% de los votos frentistas, mientras que el Partido Socialista alcanzó el 22%; la izquierda alternativa (independientes más desprendimientos blancos y democristianos) logró el 16%; los Tupamaros y sus aliados el 11%, y otros grupos el 4%.

De acuerdo a estos resultados, el «Nuevo Espacio» queda en manos del sector michelinista orientado por el senador Batalla y el Frente Amplio eliminó el peligro de la mayoría interna absoluta de los comunistas, que fue el caballito de batalla de los escisionistas. El Partido Comunista y sus aliados, si bien obtuvieron la más importante votación de su historia, no alcanzaron la mitad más uno que los hubiera trocado en virtuales «dueños» del Frente Amplio, fenómeno éste no deseado ni siquiera por el propio Partido Comunista. Los sectores no comunistas y sus aliados continúan siendo mayoría en la gran coalición de izquierda.

El gobierno más débil de las últimas décadas

El electo presidente Lacalle, pese a haber obtenido para su fracción (herrerismo) la mayor votación de los últimos 30 años, no alcanzó, aún sumando los votos de sus aliados blancos (el MNR y Por la Patria), ni las mayorías simples en ninguna de las dos Cámaras para poder dictar leyes propias ni las mayorías calificadas que tenía el presidente Sanguinetti (53 legisladores entre senadores y diputados), para poder evitar la caída de sus ministros e impedir mediante el uso del veto que le aprobaran leyes contrarias a sus políticas.

Lacalle obtuvo 8 senadores y 27 diputados, los que sumados a los 3 senadores y 11 diputados de su aliado el Movimiento Nacional de Rocha (el senador Pereyra) más el único senador y único diputado que obtuvo el Movimiento Por la Patria (senador Zumarán), da un total al partido gobernante de 13 senadores (12 obtenidos en las urnas y uno más por haber ganado la vicepresidencia de la República, cargo éste que preside el Senado) y 39 diputados, en un total de 31 senadores y 99 diputados. Es decir obtuvo 52 legisladores, uno menos de los dos quintos (53 legisladores) para poder impedir la censura de sus ministros y gobernar con vetos.

El Partido Colorado por su parte obtuvo 9 senadores y 30 diputados, el Frente Amplio 7 senadores y 21 diputados y el Nuevo Espacio 2 senadores y 9 diputados.

De esta manera, el panorama electoral ideológico partidario quedó conformado en tres tercios iguales, aunque el tercio mayor quedó en manos del gobierno blanco, en virtud de la mecánica de adjudicación de bancas por cociente decreciente. Un tercio mayor fue para el Partido Nacional, un tercio para el Partido Colorado, y un tercio para la izquierda conformada por el Frente Amplio más el Nuevo Espacio, que aunque separados orgánicamente mantienen similares propuestas. En este esquema, Lacalle enfrenta a una doble oposición partidaria e ideológica. En la confrontación partidaria se le oponen 78 legisladores a los 52 con que él cuenta.

En la confrontación ideológica y de políticas puntuales su situación mejora. No cuenta para imponer su modelo neo-liberal con el apoyo de su aliado de centro-izquierda (Movimiento Nacional de Rocha) ni con los 3 senadores y 11 diputados electos por ese sub-tema. Obviamente, tampoco cuenta con los 9 senadores y 30 diputados del Frente Amplio y el Nuevo Espacio.

Pero en contrapartida, las dos fracciones coloradas que obtuvieron representación parlamentaria apoyan su modelo de país y entre ambas pueden aportarle 9 senadores y 29 diputados, que le darían la mayoría para gobernar.

El fantasma de la elección anticipada

Sin embargo, son muy pocos los analistas que vaticinan tal apoyo. La derrota sufrida en noviembre de 1989 por el Partido Colorado fue humillante y en esas filas es considerada injusta.

Los dirigentes colorados estiman que se sacrificaron en aras de la transición, pacificando al país y convirtiéndolo en uno de los más estables de América Latina, económica e institucionalmente hablando. El ánimo de revancha crece en sus filas. A escasas horas del triunfo blanco, ya se predecía que el caos económico se implantaría en el país, anunciándose un 150% de inflación en 1990 y una caída del salario real del 8%, en un país cuya inflación durante el gobierno de Sanguinetti no superó el 70% promedio anual.

No son pocos los que auguran que el gobierno Lacalle no terminará el mandato y que habrá (por vía constitucional) convocatoria de elecciones anticipadas. Hasta el momento ninguna fuerza política se ha inclinado por integrar el gabinete blanco.

Otros dos elementos conspiran contra la administración lacallista. Uno de ellos es la espina izquierdista atragantada en el aparato digestivo del gobierno nacional.

La Intendencia de la capital de la República (Alcaldía) en manos del Frente Amplio augura enfrentamientos entre el poder ejecutivo nacional y el poder ejecutivo comunal de la principal ciudad del país.

Nunca, salvo en una sola ocasión, la Intendencia de Montevideo dejó de estar en las mismas manos que timonearon el gobierno nacional. Solamente en 1962 se dio un caso similar, cuando por segunda vez en lo que iba del siglo los blancos ganaron las elecciones nacionales, pero perdieron la comuna de Montevideo, que quedó en manos coloradas.

La experiencia fue traumática, aunque se trataba de dos partidos que no cuestionaban el sistema político, ni en su fronda ni en sus raíces.

En esta oportunidad se espera una confrontación de mayor nivel. El otro elemento que dificultará las políticas lacallistas se encuentran en su propio partido.

El Movimiento Nacional Rocha, sin cuyos votos no hubiera podido triunfar el herrerismo de Lacalle, discrepa con el Presidente en casi todos los puntos esenciales de su programa y fundamentalmente en la filosofía neo-liberal que lo sustenta.

Son mayores las coincidencias del Movimiento de Rocha con el Nuevo Espacio y el Frente Amplio que con el Dr. Lacalle.

Dado el conocido principismo político del senador Carlos Julio Pereyra, es muy difícil que su Movimiento resigne postulados económicos y sociales muy arraigados en su historial, para dar una mano al Presidente blanco.

Estas discrepancias seguramente serán formalizadas en el Parlamento cuando haya que votar las políticas del Poder Ejecutivo.

En Uruguay «Collor de Mello» se impuso a «Vargas Llosa»

El panorama que se le presenta a Lacalle no es nada halagüeño. La única salida que pareciera quedarle es buscar el apoyo de su gran contrincante en estos comicios: el inteligente líder del Partido Colorado, Dr. Jorge Batlle Ibáñez, quien fuera derrotado por tercera vez en sus aspiraciones por acceder a la primera magistratura del país.

Batlle fue, quizás, el político tradicional de mayor envergadura intelectual en estas últimas elecciones. Portaba en sus alforjas ideológicas un modelo de país moderno, neo-liberal, pero a la uruguaya. Su discurso apasionado, a la par que racional, sacudió por su versación a una sociedad no acostumbrada al proyecto de la nueva derecha reaccionaria, culta y civilizada que hoy es moda en América Latina.

A mediados de 1989, nadie discutía que Batlle sería el próximo presidente de los uruguayos. Sabía qué tipo de país quería y cómo hacerlo. Toda su campaña fue antidemagógica. Su consigna fue: «que me voten sólo los que están de acuerdo con mis ideas; prefiero perder la elección a disimular lo que pienso». Y lo que pensaba no era popular. Su antidemagogia lo perdió. Cada vez que decía su verdad perdía miles de votos. El caso más dramático fue el de la proyectada reforma a las jubilaciones para mejorar el deteriorado nivel de vida de los pasivos. Batlle afirmó que el proyecto a plebiscitar era inviable e incosteable y hundiría todo el sistema. Las fuerzas políticas no desaprovecharon la oportunidad y lo denunciaron ante los 600.000 jubilados. La reforma fue aprobada por el 85% de los votos en el mayor éxito plebiscitario de todos los tiempos. Hoy nadie sabe cómo pagar la reforma a los pasivos, que se ha convertido en uno de los principales obstáculos en el proyecto del presidente electo.

Enfrentado al presidente Sanguinetti, las expectativas de Batlle quedaron aprisionadas en medio de un dilema de hierro: pagó el voto castigo a un gobierno que no fue el suyo, pero que no podía atacar porque era ofender a su propio partido y, al mismo tiempo, no recibió los beneficios del poder, porque Sanguinetti le negó la sal y el pan que podían haber revertido la elección.

A la antidemagogia de Jorge Batlle se le sumó la eficiencia de la campaña televisiva de Lacalle, que fue presentado ante la ciudadanía como un producto excepcional, modelado a gusto del consumidor. Un año antes carecía de chance alguna y en poco tiempo fue el boom. Fue un duelo entre derechas, donde finalmente el estilo «Collor de Mello» se impuso al estilo «Vargas Llosa».

El discurso de Lacalle coincidía con el de Batlle, pero la imagen no. Lacalle no se aferró a la rigidez espartana y antidemagógica de Batlle y se dejó conducir por sus asesores de imagen, que lo impusieron como se impone una marca de dentífrico. Hoy intentará probar que no era sólo un fenómeno de imagen al estilo de Collor de Melo, sino un político con proyección de estadista. Vocación para ello le sobra.

Hoy Batlle está derrotado. Fue el primero que reconoció el día de la derrota que los montevideanos quieren el socialismo. Está vencido y espera. Sabe que Lacalle lo necesita. Y tiene cinco años por delante. También los tiene la izquierda, pero a diferencia de Batlle, ésta no puede esperar. Tiene que probar en estos cinco años que no es el «cuco» que la derecha tradicional difundió con artimañas y malas artes. Tiene que probar que la eficiencia, la modernidad y la responsabilidad no son vocablos reñidos con la solidaridad, la igualdad y la justicia. Y promete construir la mejor política comunal de las últimas décadas.

La locomotora que espera accionar para mover sus vagones es nada menos que la gente, anónima y esperanzada, que ha comenzado a creer que por fin, va a ser tomada en cuenta. De esta gestión depende en buena medida que la izquierda sea opción de poder nacional en 1995. Víctor Hugo dijo un día antes de morir que «la utopía es la verdad del mañana». Hoy los frentistas uruguayos creen que este aserto no está tan lejos de convertirse en realidad en estas comarcas del Río de la Plata, donde aún no han cicatrizado las heridas abiertas por la pesadilla militar.